

Alicia Entel

Con la colaboración de
Celeste Choclin, Paula Klachko y Mariano Benassi

El futuro

Miradas desde el Sur

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



COLECCIÓN COMUNICACIÓN

Alicia Entel. Con la colaboración de Celeste Choclin, Paula Klachko y Mariano Benassi

El futuro. Miradas desde el Sur. 1a ed. Buenos Aires: 2022

140 p.; 15.5x23 cm. ISBN 978-950-793-407-0

1. Comunicación. I. Título.

CDD 302.2

Fecha de catalogación: 13/09/2022

© 2022, Alicia Entel

© 2022, Ediciones Imago Mundi

Imagen de tapa: sobre detalle de *Drago* (1927) de Xul Solar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 200 ejemplares

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor. Este libro se terminó de imprimir en el mes de setiembre de 2022 en San Carlos Impresiones, Virrey Liniers 2203, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Sumario

Introducción	IX
1 Alicia Entel	
Las profecías y los imaginarios de futuro.	1
1.1 ¿Futuro como línea o como sueño?	4
1.2 « <i>Futurus</i> es futuro»	7
2 Alicia Entel	
Los augurios. Negar el futuro	17
2.1 Variados modos de negar	18
2.2 Política y creencia. Los modos de la ceguera	20
2.3 Pandemia negada	22
2.4 ¿Aquí no pasó nada?	27
3 Celeste Choclin	
Jóvenes y la idea de futuro: sobre arenas movedizas	29
3.1 De lo sólido a lo líquido	30
3.2 Juventud y flexibilización laboral	31
3.3 Empleo joven en América Latina	34
3.4 El culto al mérito.	36
3.5 La conquista del tiempo	39
3.6 Política líquida	43
3.7 El futuro como construcción colectiva	46
4 Paula Klachko	
Amasar el mañana. La democracia como escenario de disputa en Nuestra América.	49
4.1 Introducción	49
4.2 Un poco de historia	49
4.3 Las batallas electorales	51
4.4 La democracia desde abajo	53
4.5 De la democracia procedimental a la democracia protagónica.	55
4.6 La profundización democrática es inaceptable para las elites	60
4.7 Lo que los medios no te muestran	62

VIII

Sumario

4.8	La democracia como campo de disputa del presente y sus desafíos.	63
5	Mariano Benassi El capitalismo tardío como impulso de la debacle. La literatura como anticipación	67
5.1	Introducción	67
5.2	El capitalismo tardío	68
5.3	<i>20 000 Leguas de viaje submarino</i> , dominio de la razón instrumental	69
5.4	Ficción anticipatoria en el cine, consumo predatorio y zombis	74
5.5	Conclusión	79
6	Alicia Entel y Diego Choclin El futuro como pasado. Avenires distópicos según las novelas gráficas.	81
6.1	Introducción	81
6.2	Eternamente circular	83
6.3	El destino de peregrinar	85
6.4	<i>Shangri-La</i> . Vivir en una estación espacial	90
6.5	Algunas reflexiones	94
7	Alicia Entel Colofón: El estallido y después...	97
7.1	La dificultad de ver más allá	103
7.2	Entonces, el estallido	105
	Sobre las autoras y autores	111
	Referencias	113
	Índice de autoras y autores	119

Introducción

ALICIA ENTEL

«No puedo respirar». Un cuadro de situación

¿Qué tendrán que ver la búsqueda desesperada de un respirador, una pandemia que afectó principalmente a los pulmones, la carga viral en distintos seres vivientes, la rodilla clavada sobre un afrodescendiente hasta matarlo de asfixia y la evidencia de un enorme cambio de época?

Trataremos de demostrar que este cambio de época es tan grande y contundente que marea, se vive como un ida y vuelta de oleadas y hasta como un *continuum* de incertidumbre como si nada cambiara.^[1] Si la última etapa de lo «anterior» era el deseo exitoso de control total, lo que viene – a pesar de los pronósticos – parece ser no de control sino de disolución. La pandemia, las virósicas que no se sabe cuándo terminarán parecen el síntoma de algo que aún no vemos pero que al minar el tejido social y la condición humana, necesariamente culminará en un cambio de rumbo con diferentes matices y hegemonías en el planeta. No nos referimos al deber ser sino a lo que se ve, se huele, se atisba. Y, por si esto fuera poco, un conflicto

[1] La presente investigación se ha desarrollado en el ámbito del Proyecto UBACyT «Eticopolítica de la comunicación visual. Estudio de los procedimientos de trucaje, falsificación y sus refutaciones en tres ámbitos de producción de imágenes: los medios informativos, las narrativas dibujadas y filmicas y la experiencia artística...», Centro Gramsci. Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

bélico, germinado hace mucho, pero que explotó hacia finales de la pandemia.

«Por favor, no puedo respirar!», decía con apenas un hilo de voz aquel hombre negro que tenía una rodilla policial clavada en su cuello. El policía no cedió al pedido e igualmente lo terminó matando con saña. Era el 25 de mayo de 2020. La respuesta social fue inmediata, en una cantidad de ciudades de los Estados Unidos, – más de cien – en medio de la pandemia, la ciudadanía masivamente salió a la calle, en algunos casos con bronca y violencia. También se extendió extramuros: hubo manifestaciones en Alemania, en Francia, en el Reino Unido. La consigna espontánea reiteraba a viva voz las palabras de la víctima: «¡no puedo respirar!». La consigna fuerte, angustiante, parecía ir más allá de la tremenda muerte. En un país como los Estados Unidos con más de 100 000 muertos por el coronavirus al mes de junio de 2020 (luego superarían el millón), y en pleno año electoral; en un país con más de 40 millones de desocupados y un enorme estímulo a la tenencia de armas y a la violencia, la muerte de George Floyd había sido la gota que rebalsó el vaso. Ya son muchos los testimonios de que los pueblos están hartos de tanta asfixia y opresión a la supervivencia. Pero lo ocurrido con Floyd, el que un policía lo presione tirado en el piso hasta romperle el cuello y que deje de respirar no solo estremece por su brutalidad sino que convoca a pensar – toda la situación – en algo más. Racismo, brutalidad, desigualdad, hartazgo por parte de los subalternos, capitalismo en crisis serían algunas de las palabras claves que escribiríamos si de un proyecto de investigación se tratara. Pero nos inspiró algo más: ¿Qué querrá decir la metáfora del respirar? ¿Por qué la respiración, los respiradores, el oxígeno se han tornado fenómenos, productos y símbolos claves de este momento histórico? La pandemia afectó la respiración. Por su parte, los estadounidenses cansados de las arbitrariedades y el negacionismo no le dieron posibilidad de reelección a Donald Trump. Eligieron al demócrata Biden y a su vicepresidenta Kámala Harris. Pasado un tiempo, tampoco estos parecían satisfacer las necesidades de política interior y, con ciertos matices de buenos modales, continuaba la misma actitud, en la exterior. Entonces devino lo inesperado por el sentido común, aunque planificado desde hacía tiempo por varias usinas, especialmente cuando la crisis económica se evidenciaba en los países centrales: la guerra. De lo irrespirable a las armas y a la muerte.

La respiración como metáfora

Desde mediados del siglo XX tan mediático, tan dedicado a los bienes simbólicos, se sabía que un tema estratégico y a nivel mundial eran los recursos naturales que podríamos sintetizar en los cuatro elementos: *aire, agua, fuego, tierra*. Los gobiernos de países poderosos dedicaban y dedican enormes esfuerzos para buscar los recursos y, si antoja, llegan a depredar los territorios para obtenerlos, así, de este modo, acumular capital y poder. Las guerras e invasiones por el logro de cuencas petroleras han llegado a límites insospechados: casi silenciosamente se arrasa con poblaciones, países, gobiernos. Después de la caída del muro (1989) y con la expansión neoliberal de los 90 esto se intensificó con el pretexto de la globalización. Abrirse al mundo desde los países pobres era lograr que acepten el sometimiento, deudas agobiantes, que se comploten ciertas burguesías nativas y que países hegemónicos como los Estados Unidos expolien los territorios y las soberanías. Argentina lo vivió como un emergente más junto con otros países como Chile o Ecuador. Experimentó saqueo organizado por parte del capital concentrado durante la época macrista, pero cuando se dice saqueo la memoria colectiva a veces solo parece recordar los pequeños saqueos populares por alimentos. Otros países padecieron estas expoliaciones de modo más trágico como en Irak, Irán, Siria o Palestina. Ya es muy evidente que las grandes potencias tienen sus objetivos puestos en los *recursos*. La energía parecía un dato necesario y la búsqueda de recursos para lograrla, también. Pero esto es necesario cuando las fábricas funcionan, cuando los vehículos van por carreteras, cuando el consumo está a *full*. La parálisis laboral a la que obligó la pandemia pareció aminorar la necesidad de fuentes de energía. Los juegos de poder, antes de la pandemia ya hacían que el petróleo bajara su precio y luego, con la falta de actividad y las denuncias sobre los efectos sobre el planeta del uso y abuso de combustibles fósiles, parecía que se comenzaba un camino de restauración con energías limpias. Pero no. Volvieron a ser protagónicas las fuentes tradicionales de energía. Esto, sumado a los intereses geopolíticos, volvió a asfixiar a los países pobres y también, dialécticamente, tornó más poderosos a los proveedores de recursos. Petróleo y gas fueron factores de guerra.

Por otra parte, se reconoce que vastos sectores de población carecen de agua, ni hablar de agua potable. Territorios devastados, tala

XII

Alicia Entel

masiva hicieron que aumentaran los desiertos. En el 2020 el 41 % de la superficie terrestre era desierto o estaba en proceso a serlo.

Por cierto que esto afecta – como dicen los especialistas – no solo al ser humano sino a todo el ecosistema, produce daño evidente al mundo vegetal y obviamente a todo otro ser viviente. El ser humano es agua casi en un 80 %, esto significa que su escasez amenaza no a un individuo u otro sino a la especie. No lo entienden todavía quienes gozan de agua potable, cloacas, etcétera. Aunque la educación en términos de medio ambiente es fundamental, es sabido que son las políticas públicas las que deben concretar el freno a la desertificación. Las selvas, los bosques, las praderas, los humedales del litoral, el humus de las pampas son territorios estratégicos, muchos de los cuales como la tan vapuleada selva amazónica, constituyen *pulmones del planeta*. Lo saben los pobladores nativos, excelentes cuidadores de la región, pero lo suele olvidar el mundo urbano que naturaliza el saqueo en estos tiempos de capitalismo de depredación. Entonces se fomenta que ya no solo un pequeño grupo no pueda respirar sino multitudes a nivel planetario. Asombroso en el sentido del *deinós* del griego clásico: sorprendente y aterrador a la vez.

Por otra parte y paradójicamente, en el Ártico y en el Antártico se están produciendo deshielos que auguran futuras inundaciones. *Sin pensar en la ciencia ficción, es posible vaticinar nuevas reconfiguraciones territoriales a nivel planetario*. Muy poco se hace para que esto no ocurra. Aún está muy presente el imaginario de que no habrá catástrofe que impida que todo vuelva a un orden original y estable. Que en definitiva después del caos vendrá el orden y seremos mejores. O bien, la otra fantasía de que lo importante es vivir el presente sin pensar las consecuencias. Acompañado esto por el imaginario de que, si hay peligros, están muy lejos. Las grandes ciudades cubiertas de un gris plomo por la contaminación no siempre son pensadas como espacios de riesgo. Y sin embargo, sin oxígeno no hay vida.

Oxígeno en riesgo

Desde hace tiempo las ciudades son irrespirables, ya lo decían los urbanistas de los años sesenta del siglo pasado (Jacobs, Morse, Hardoy). Sin embargo, en estos tiempos contemporáneos, en el nuevo milenio, el 80 % de la población vive en ciudades. ¿Se trata de una humanidad suicida? Decididamente, no. Es porque gran parte de las posibilidades de trabajo y supervivencia se encuentra en las ciudades.

Cuanto más auge tiene el capitalismo de servicios y financiero, más se abigarrarán las ciudades. Más gente en situación de calle habrá y más pobreza colgada de los débiles hilos de la caridad y el derrame ocasional. Habrá más *homeless* durmiendo en la puerta de bancos o bajo la «protección» del espacio de los cajeros automáticos.

Los conjuntos poblacionales urbanos no solo se someten a diferentes formas de contaminación desde el transporte hasta los desechos de las industrias, sino que, si las ciudades están cercanas a zonas rurales, deben exponerse a la nefasta contaminación de los productos pesticidas para hacer más productivas las praderas y consiguientemente prolifera la asfixia.

Hace tiempo que el aire anda mal. Pero la ceguera pudo más. De pronto, cuando desde alguna ciudad de Occidente se veía a jóvenes de Pekín con barbijo, esta experiencia parecía lejana, poco entendible, autoritaria. «Cosas de chinos», se pensaba y hasta se profería de modo peyorativo. Las ciudades fueron acumulando estrés, vorágine, control, se tornaron irrespirables. Más aún: el capitalismo depredador extendió la idea de que el aire no sería para todos. Barrios y localizaciones cerradas con árboles, vegetación, y alimentación «sana». Y barriadas populosas de callecitas angostas, sin aire y casitas montadas una sobre otra con infancias corriendo por donde pueden. El aire forma parte del derecho al hábitat, el aire, se suele decir, es gratis, sin embargo no es igual para todos. Las villas de emergencia o vulneradas donde millares se apretujan para sobrevivir no gozan de buen agua y les cuesta el aire más que al resto de la población. Pero es sabido que los ciudadanos permanecen allí, muchas veces siendo migrantes internos, porque en su lugar de origen viven peor; son peones rurales esclavizados, migrantes sin techo y excluidos. *Las ciudades, al menos en Latinoamérica, muestran a cielo abierto la inequidad.* En Argentina durante años a los habitantes de las villas de emergencia se los llamó «la negrada».

En las grandes ciudades hay cada vez más espacios elegantes, shoppings centers, avenidas y autopistas, y en un costado como el yuyo en la piedra conjuntos poblacionales espontáneos, hechos con restos, en situación de pobreza y maltrato. No es de ahora. El escritor Bernardo Verbitsky escribió en 1957 *Villa miseria también es América.* Pero claro, desde entonces hasta ahora podrían haber cambiado. Pero no, las grandes ciudades multiplicaron su población, sus actividades, y también sus villas.

Agregando a esta situación que en América Latina desde el Distrito Federal de México hasta Santiago de Chile, pasando por San Pablo, la polución tiene consecuencias inevitables en la salud. Por épocas, hasta se suspenden las clases para que los niños y niñas no salgan a la calle. Un gris plomizo agrede la visión y los pulmones en el DF de México. Buenos Aires se salva un poco por el río, pero el río tiene un hijo, el Riachuelo, profundamente contaminado.

En ese marco también la alimentación suele estar contaminada y no solo en nuestro Continente. Más aún, en muchos distinguidos lugares del planeta los seres vivientes animales son sometidos a un enorme estrés, hacinamiento y alimentación artificial para que produzcan más, para que sean más gordos y mejor vendibles. Lo mismo sucede con lo vegetal, inflado por insumos transgénicos. Como dirían mis antepasados estos pollos ya no son pollos, y los cerdos van a reventar de gordos. Los peces también sufren y la vaquitas, además de seguir siendo «ajenas» como diría Atahualpa Yupanqui, son alimentadas con raros fortificantes.

A su vez, cuando los humanos quieren estar más sanos en la ciudad se les recomiendan técnicas desafiantes, a veces difíciles de soportar como el *cross feet*, el correr (*running*) arrebatado, el escalar paredes o el inmovilismo para lograr supuestos equilibrios y armonías. Como dice tanta bibliografía, tales descargas son para que la ciudadanía vuelva a producir más y mejor. Tan olvidados estamos que hasta se solicita reaprender a respirar.

En definitiva, respirar en las ciudades es muy difícil, puede ser porque nos quiten el aire, porque contaminen, o porque un policía le ponga su rodilla asfixiante al cuello de un ciudadano afrodescendiente. O senegalés.

¿Fue inesperado el COVID?

No somos conscientes de lo que tenemos hasta que lo perdemos. Medio planeta estuvo encerrado por la pandemia. El COVID-19 hizo estragos, y, si bien en algunos países disminuyó considerablemente la población afectada, igual queda un tendal de muertes y miedos. Porque el COVID-19 ha afectado principalmente los pulmones, nuestro fuelle respiratorio, y también entonces el oxígeno en sangre. A tal punto que, cuando comenzó a fines del 2019 en la ciudad de Wuhan, China, se decía que era una enfermedad parecida a una neumonía y

así se lo informaron a la Organización Mundial de la Salud. Se trataba de otro SARS pero diferente del de las gripes anteriores, mucho más peligroso y dañino. ¿Era casual la existencia de una enfermedad que nos dejaba sin oxígeno?

¿Era azarosa la existencia de una enfermedad con enorme capacidad de contagio que dejaba atónitos a los infectólogos más reconocidos? Y lo que es más, frente a tan descomunal y agresivo mal, la humanidad, sus expertos, solo en principio podían atinar al aislamiento, a la cuarentena casi una técnica medieval frente a una enfermedad nueva, contagiosísima, que nos podía dejar sin aire. Habiendo pasado la posmodernidad y con los supuestos avances en materia de indagación científica como el hallazgo del genoma humano, un virus, cual bicho malo e incomprensible, obligaba, así fuera de modo temporal, al aislamiento de los cuerpos. Y en el mismo escenario, se producía la lucha por los «respiradores» esos aparatos imprescindibles para esa ocasión aunque escasos en el planeta. Se llegaron a desviar aviones que llevaban en su carga respiradores y barbijos; se reabrieron laboratorios y empresas de tecnología médica y bioingeniería para fabricarlos. Se luchaba por alcanzar la vacuna desesperadamente.

Mientras tanto, y casi al mismo tiempo, se expandieron los porqués, de dónde provenía esta enfermedad, qué le había sucedido al omnipotente mundo. Como los imaginarios a veces son infantiles y concretos, se imaginaba al virus volando desde un laboratorio de Wuhan hasta la garganta de algún ciudadano europeo o estadounidense sin mediaciones. Se desplegaron teorías conspirativas (¿algunas tal vez ciertas?) que suelen tranquilizar porque permiten ponerle nombre al enemigo, y al miedo. Y algunas indagaciones más serias buscaron la genealogía de la enfermedad considerada una zoonosis: así como fue la «gripe aviar» o la «fiebre porcina», el virus COVID-19 habría pasado de un murciélago a un pangolín y de este a un humano; o bien, según otras indagaciones, iría de murciélagos directamente a humanos; esto, dicho de modo muy reduccionista ya que hay variaciones de virus, cepas etcétera. Los murciélagos son mamíferos, tienen alta persistencia de vida, pueblan las alturas de ciudades, han resistido a un número grande de virus y forman parte de un gran número de relatos y narrativas dibujadas donde en general dan miedo y hasta asco.

Sin embargo, según investigaciones recientes, hasta los murciélagos experimentan el estrés urbano. Como decíamos, se han caracterizado ancestralmente por ser transmisores de virus a tal punto que resultan importante objeto de estudio en laboratorios de todo el mundo. Pero no están alejados de todo el ritmo de deterioro del planeta. La globalización capitalista, que ha llevado a enormes migraciones de población por necesidad, a la tala brutal de bosques, que está produciendo el cambio climático y las transformaciones en el habitar animal ancestral, todo esto viene afectando a los seres vivientes, incluidos los murciélagos.

En una entrevista al ecoepidemiólogo Jordi Serra-Cobo de la Universidad de Barcelona aparecida en el diario *La Vanguardia* (30/3/20), este sostenía: «Cuando los murciélagos sufren estrés – ya sea porque se les caza o por cambios drásticos en su hábitat, como la deforestación – su sistema inmune se debilita y le resulta mucho más difícil enfrentarse a los patógenos». La invasión de *hábitats* salvajes hace que aumenten las probabilidades de entrar en contacto con patógenos: Entonces el estrés en los murciélagos tendría las mismas consecuencias que en los humanos. Cuando sus *hábitats* son invadidos muchas especies intentan o logran mantener sus refugios y se ocultan, pero otras entran en contacto con la población humana... El resultado de la destrucción de los espacios forestales (de los murciélagos así como otras especies presentes en los bosques) conlleva que los patógenos, que antes estaban confinados en lugares inaccesibles, entren en contacto con la especie humana.

Y de ahí a los contagios hay muy pocos pasos. Más estrés de todos los seres vivientes, ergo más contagios. Y, agreguemos, más pobreza, marginalidad, condiciones de hábitat indignas, más contagios. Menos políticas públicas de salud, más contagios. La globalización asfixia. ¿Intencionalmente? La globalización, que usó el pretexto de la democratización a nivel mundial, en verdad se reveló como eje para maximizar explotación y concentración de las ganancias.

Agua y fuego

En medio de la expansión del COVID-19 otro fenómeno no menor aunque a veces solapado en sus causas vuelve anualmente. Alarma. Mata. Se trata de los incendios forestales. Ya mencionamos el horror de llamaradas quemando la selva amazónica con sus seres vivientes mientras Jair Bolsonaro, el presidente de Brasil, reía, se

burlaba de la ciencia y propiciaba caravanas con gente portando enormes crucifijos en una suerte de caricatura evangelista de la saga cristiana. El negocio es la tala y la expansión de la siembra sojera. Lo demás no importa.

Pero hay mucho fuego más. De pronto, en pleno agosto del 2021, la ciudad de Rosario experimentó un cielo nocturno en pleno día, opacado por nubes de humo. Y ese cielo se expandió a Santa Fe y a Paraná. A tal punto que hubo que cerrar el histórico túnel subfluvial. ¿Qué pasaba? Los propietarios de los campos vecinos estaban quemando malezas (y toda vegetación) en los humedales para la futura siembra de soja. Una gran diversidad de ambientes acuáticos, incluyendo lagos, lagunas, esteros, ciénagas y pantanos, eran sometidos a incendios, desagües forzados para riego de campos y terminaban arruinados, sometidos a sequías. Los principales humedales en esta zona son la cuenca del Riachuelo, el sistema del Iberá, el río Uruguay, el río Paraná, el Paraguay, el Iguazú y sus cataratas, el delta paranaense y el Río de la Plata. La fisonomía de gran parte de estos *humedales* es relativamente abierta, con zonas de aguas despejadas; son en definitiva la gran reserva de agua dulce. Garantizan vida. Agua y aire. Muchas organizaciones sostienen que los humedales son indispensables por los innumerables beneficios o «servicios ecosistémicos» que brindan a la humanidad, desde suministro de agua dulce, alimentos y materiales de construcción, y biodiversidad, hasta control de crecidas, recarga de aguas subterráneas y mitigación del cambio climático. Pero los están matando.^[2] En Argentina hubo un proyecto de ley de humedales aprobada por el senado en el 2015 pero no por diputados. Y ahí quedó. Muchos integrantes de la sociedad civil la reclaman, el mundo agroexportador pone trabas y hace negocios. Nunca le importaron las muertes. Dicen frases como «pasan cosas» y argumentando en una multiplicidad de medios hacen sedimentar la idea de que los culpables son un murciélago y «el virus chino».

¿Seremos muchos?

Entonces queda coherente la idea de que la pandemia ha formado parte de una enorme y larga experiencia de deterioro del planeta, incluidos sus seres vivientes. Había sido dicho, pero la ceguera del

[2] Cuando terminábamos de escribir esta reflexión sobre los humedales, en las sierras de Córdoba estallaba un nuevo incendio de enormes dimensiones.

XVIII

Alicia Entel

lucro a toda costa pudo más, para lo cual también había que tener «entretenida» a la población solo en buscarse el pan. Atravesamos una época de enorme desigualdad con multitudes que luchan a su manera por no quedar afuera de las posibilidades de supervivencia.

Y frente a la expansión poblacional se han pensado «soluciones», algunas de neto corte fascista, como cuando se dice que «somos muchos en el planeta que sobreviva el que pueda», o «que todos se contagien y algunos quedarán en el camino» o las soluciones selectivas a veces sin manifestación explícita, «que solo queden algunos (los blancos)». A pesar de los discursos por la república y las instituciones, estas frases están presentes, y también las acciones que las avalan. En este marco, se validan las acciones que prefieren poner la rodilla en el cuello de las víctimas o dejar en la pobreza a millones. Y no solo eso: se trabaja minuciosamente en el desarrollo de experiencias de control – como nunca antes – utilizando bienes simbólicos, medios, redes sociales e investigaciones científicas como las de las neurociencias aplicadas al *neuromarketing*. Por cierto que hay respuestas, a veces titilantes, a veces de irrupción como un fulgor destacado que irrumpe luego de un doloroso acontecimiento. Entonces se piensa en términos de justicia social, territorial, derechos ciudadanos y redistribución de la riqueza, incluido el aire puro, el agua buena, la energía que no mate. Se usan términos variados para definir estas movidas como: gobiernos populares, ecosocialismo, progresismo, luchas antirraciales, defensa del planeta con sus seres humanos incluidos. En esos casos prevalece una mirada donde el «yo» en soledad cartesiana no se enfrenta al mundo natural para devastarlo ni se siente un *like* más de la maraña tecnológica, sino que proponen convivir solidariamente, sentirse en y con la naturaleza, estar alertas y reequilibrar transformando las sociedades; saben – por otra parte – que será no sin luchas. Si las fuerzas dispersas y heterogéneas logran conjugarse en términos internacionales, o cuanto menos regionales, habrá oxígeno, habrá sangre nueva para combatir pandemias con reservas físicas, cognitivas y morales que aún permanecen ocultas para vastos sectores de poblaciones. Pero es evidente que ya estamos frente al cambio de época. ¿Será de la robotización como auguran tantos intelectuales? ¿O será de repoblar lo rural o dejar el hacinamiento urbano como augura la pospandemia? ¿Será de la mayor concreción del capitalismo de elites con exclusiones masivas o será de una suerte de ecosocialismo aunque con dogma y disciplinamiento?

En los textos que exponemos a continuación hemos propuesto una suerte de caleidoscopio de diferentes imaginarios sobre futuro. ¿Qué piensan muchos jóvenes en relación con su vida luego de diez años? se pregunta y responde la investigación de Celeste Choclin, quien aporta además un análisis teórico sobre las dificultades para pensar el futuro por parte jóvenes universitarios. ¿Cómo serán las democracias de las Américas?, indaga el minucioso análisis histórico y conceptual de Paula Klachko. ¿Qué nos legó la ciencia-ficción al respecto?, analiza Mariano Benassi. Y por similar camino trabajamos con Diego Choclin, qué narran las novelas gráficas en torno al impacto en las sensibilidades de los profundos cambios en el planeta como la escasez de agua potable o la desertificación de las tierras.

Y por último, si los cambios de época estuvieron muchas veces marcados por las hambrunas, las guerras y las pestes hasta qué punto ese cambio catastrófico ya pertenece al hoy, con final abierto indagamos cómo se experimenta y representa desde el Sur.